



DEDICADA A TI, CON ADMIRACIÓN Y AMOR.
GRACIAS POR LLEGAR, ENCONTRARME
Y MOSTRARME EL CAMINO.
HA SIDO EL MEJOR VIAJE DE TODA MI VIDA.

AGRADECIMIENTOS



MUCHAS GRACIAS A KAREN SOLEM,
KARA CESARE, CLAIRE ZION, KARA WELSH,
ROSE HILLIARD; A MI COMITÉ EJECUTIVO,
SUE GRAFTON, DRA. JESSICA ANDERSEN,
BETSEY VAUGHAN. NAVEGAR POR
INTERNET, INVESTIGAR POR TELÉFONO
Y RECORRER LOS PASEOS DE LOS
PARQUES HUTCHINS Y SÉNECA CON
VOSOTRAS ME HA MANTENIDO
CONCENTRADA, CUERDA Y SONRIENTE.
Y A MI FAMILIA CON AMOR.

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y NOMBRES PROPIOS



doggen (n.). Miembro de la clase servil en el mundo de los vampiros. Los doggens mantienen las antiguas tradiciones de forma muy rigurosa, y son muy conservadores en cuestiones relacionadas con el servicio prestado a sus superiores. Sus vestimentas y comportamiento son muy formales. Pueden salir durante el día, pero envejecen relativamente rápido. Su esperanza de vida es de quinientos años aproximadamente.

las Elegidas (n.). Vampiresas destinadas a servir a la Virgen Escribana. Se consideran miembros de la aristocracia, aunque de una manera más espiritual que temporal. Tienen poca, o ninguna, relación con los machos, pero pueden aparearse con guerreros con objeto de reproducir su especie si así lo dictamina la Virgen Escribana. Tienen la capacidad de predecir el futuro. En el pasado, eran utilizadas para satisfacer las necesidades de sangre de miembros solteros de la Hermandad, pero dicha práctica ha sido abandonada por los hermanos.

esclavo de sangre (n.). Vampiro hembra o macho que ha sido sometido para satisfacer las necesidades de sangre de otros vampiros. La práctica de mantener esclavos de sangre ha caído, en gran medida, en desuso, pero no es ilegal.

hellren (n.). Vampiro que elige a una hembra como compañera. Los machos pueden tener más de una hembra como compañera.

Hermandad de la Daga Negra (n.). Guerreros vampiros entrenados para proteger a su especie contra la Sociedad Restrictiva. Como resultado de una cría selectiva en el interior de la raza, los miembros de la Hermandad poseen una inmensa fuerza física y mental, así como una enorme capacidad para curarse de sus heridas con rapidez. La mayoría no son propiamente hermanos de sangre. Se inician en la Hermandad a través de la nominación de uno de sus miembros. Agresivos, autosuficientes y reservados por naturaleza, viven apartados de los humanos y tienen poco contacto con miembros de otras clases, excepto cuando necesitan alimentarse. Son objeto de leyendas y muy respetados dentro del mundo de los vampiros. Sólo se puede acabar con ellos si se les hiere gravemente con un disparo o una puñalada en el corazón.

leelan (n.). Término cariñoso, que se puede traducir de manera aproximada como «lo que más quiero».

el Ocaso (n.). Reino intemporal donde los muertos se reúnen con sus seres queridos durante toda la eternidad.

el Omega (n.). Malévola figura mística que pretende la extinción de los vampiros a causa de un resentimiento hacia la Virgen Escribana. Existe en un reino intemporal y posee grandes poderes, aunque no tiene capacidad de creación.

periodo de necesidad (n.). Época fértil de las vampiresas. Generalmente dura dos días y va acompañado de unos intensos deseos sexuales. Se presenta aproximadamente cinco años después de la transición de una hembra y, a partir de ahí, una vez cada década. Todos los machos responden de algún modo si se encuentran cerca de una hembra en periodo de necesidad. Puede ser una época peligrosa, con conflictos y luchas entre machos, especialmente si la hembra no tiene compañero.

Primera Familia (n.). El rey y la reina de los vampiros, y los hijos nacidos de su unión.

princeps (n.). Grado superior de la aristocracia de los vampiros, sólo superado por los miembros de la Primera Familia o la Elegida de la Virgen Escribana. El título es hereditario, no puede ser otorgado.

pyrocant (n.). Se refiere a una debilidad crítica en un individuo. Dicha debilidad puede ser interna, como una adicción, o externa, como un amante.

restricor (n.). Miembro de la Sociedad Restrictiva. Se trata de humanos sin alma que persiguen vampiros para exterminarlos. A los restrictores se les debe apuñalar en el pecho para matarlos; de lo contrario, son eternos. No comen ni beben y son impotentes. Con el tiempo, su cabello, su piel y el iris de sus ojos pierden pigmentación hasta convertirse en seres rubios, pálidos y de ojos incoloros. Huelen a talco para bebés. Tras ser iniciados en la Sociedad por el Omega, conservan un frasco de cerámica dentro del cual ha sido colocado su corazón después de ser extirpado.

rythe (n.). Forma ritual de salvar al honor. Lo ofrece alguien que haya ofendido a otro. Si es aceptado, el ofendido elige un arma y ataca al ofensor, que se presenta ante él sin protección.

shellan (n.). Vampiresa que se ha unido a un macho tomándolo como compañero. En general, las hembras eligen a un solo compañero debido a la naturaleza fuertemente territorial de los machos apareados.

Sociedad Restrictiva (n.). Orden de cazavampiros convocados por el Omega con el propósito de erradicar la especie de los vampiros.

transición (n.). Momento crítico en la vida de los vampiros, cuando él o ella se convierten en adultos. A partir de ese momento, deben beber la sangre del sexo opuesto para sobrevivir y no pueden soportar la luz solar. Generalmente, sucede a los veinticinco años.

Algunos vampiros no sobreviven a su transición, sobre todo los machos. Antes del cambio, los vampiros son físicamente débiles, sexualmente ignorantes e indiferentes, e incapaces de desmaterializarse.

la Tumba (n.). Cripta sagrada de la Hermandad de la Daga Negra. Usada como sede ceremonial y como almacén de los frascos de los restrictores. Entre las ceremonias allí realizadas se encuentran las iniciaciones, funerales y acciones disciplinarias contra los hermanos. Nadie puede acceder a ella, excepto los miembros de la Hermandad, la Virgen Escribana o los candidatos a una iniciación.

vampiro (n.). Miembro de una especie separada del *Homo sapiens*. Los vampiros tienen que beber sangre del sexo opuesto para sobrevivir. La sangre humana los mantiene vivos, pero su fuerza no dura mucho tiempo. Después de su transición, que generalmente sucede a los veinticinco años, son incapaces de salir a la luz del día y deben alimentarse de la vena regularmente. Los vampiros no pueden «convertir» a los humanos con un mordisco ni con una transfusión sanguínea, aunque, en algunos casos, son capaces de procrear con la otra especie. Pueden desmaterializarse a voluntad, pero tienen que buscar tranquilidad y concentración para conseguirlo, y no pueden llevar consigo nada pesado. Son capaces de borrar los recuerdos de las personas, siempre que sean a corto plazo. Algunos vampiros son capaces de leer la mente. Su esperanza de vida es superior a mil años, y en algunos casos incluso más.

la Virgen Escribana (n.). Fuerza mística consejera del rey, guardiana de los archivos vampíricos y encargada de otorgar privilegios. Existe en un reino intemporal y posee grandes poderes. Capaz de un único acto de creación, que empleó para dar existencia a los vampiros.

CAPÍTULO

1



Darius miró a su alrededor en el club, y se dio cuenta, por primera vez, de la multitud de personas semidesnudas que se contorsionaban en la pista de baile. Aquella noche, Screamer's estaba a rebosar, repleto de mujeres vestidas de cuero y hombres con aspecto de haber cometido varios crímenes violentos.

Darius y su acompañante encajaban a la perfección. Con la salvedad de que ellos eran asesinos de verdad.

—¿Realmente piensas hacer eso? —le preguntó Tohrment.

Darius dirigió su mirada hacia él. Los ojos del otro vampiro se encontraron con los suyos.

—Sí. Así es.

Tohrment bebió un sorbo de su whisky escocés. Una sonrisa lúgubre asomó a su rostro, dejando entrever, fugazmente, las puntas de sus colmillos.

—Estás loco, D.

—Tú deberías comprenderlo.

Tohrment inclinó su vaso con elegancia.

—Pero estás yendo demasiado lejos. Quieres arrastrar contigo a una chica inocente, que no tiene ni idea de

lo que está sucediendo, para someterla a su transición en manos de alguien como Wrath. Es una locura.

—Él no es malo..., a pesar de las apariencias. —Darius terminó su cerveza—. Y deberías mostrarle un poco de respeto.

—Lo respeto profundamente, pero no me parece buena idea.

—Lo necesito.

—¿Estás seguro de eso?

Una mujer con una minifalda diminuta, botas hasta los muslos y un top confeccionado con cadenas pasó junto a su mesa. Bajo las pestañas cargadas de rímel, sus ojos brillaron con un incitante destello, mientras se contoneaba como si sus caderas tuvieran una doble articulación.

Darius no prestó atención. No era sexo lo que tenía en mente esa noche.

—Es mi *hija*, Tohr.

—Es una mestiza, D. Y ya sabes lo que él piensa de los humanos. —Tohrment movió la cabeza—. Mi tatarabuela lo era, y no me ves precisamente alardeando de eso ante él.

Darius levantó la mano para llamar a la camarera y señaló su botella vacía y el vaso de Tohrment.

—No dejaré que muera otro de mis hijos, y menos si hay una posibilidad de salvarla. De cualquier modo, ni siquiera estamos seguros de que vaya a cambiar. Podría acabar viviendo una vida feliz, sin enterarse jamás de mi condición. No sería la primera vez que sucede.

Tenía la esperanza de que su hija se librara de aquella experiencia. Porque si pasaba por la transición y sobrevivía convertida en vampiresa, la perseguirían para cazarla, como a todos ellos.

—Darius, si él se compromete a hacerlo, será porque está en deuda contigo. No porque lo desee.

—Lo convenceré.

—¿Y cómo piensas enfocar el problema? Puedes acercarte por las buenas a tu hija y decirle: «Oye, ya sé que nunca me has visto, pero soy tu padre. Ah, ¿y sabes algo más? Has ganado el premio gordo en la lotería de la evolución: eres una vampiresa. ¡Vámonos a Disneylandia!».

—En este momento te odio.

Tohrment se inclinó hacia delante; sus gruesos hombros se movieron bajo la chaqueta de cuero negro.

—Sabes que te apoyo, pero pienso que deberías reconsiderarlo. —Hubo una incómoda pausa—. Tal vez yo pueda encargarme de ello.

Darius le lanzó una fría mirada.

—¿Y crees que podrás regresar tranquilamente a tu casa después? Wellsie te clavaría una estaca en el corazón, y te dejaría secar al sol, amigo mío.

Tohrment hizo una mueca de desagrado.

—Buen argumento.

—Y luego vendría a por mí. —Ambos machos se estremecieron—. Además... —Darius se echó hacia atrás cuando la camarera les sirvió las bebidas. Esperó a que se marchara, aunque el rap sonaba estruendosamente a su alrededor, amortiguando cualquier conversación—. Además, son tiempos difíciles. Si algo me sucediera...

—Yo cuidaré de ella.

Darius dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Sé que lo harás.

—Pero Wrath es mejor. —No había ni un atisbo de celos en su comentario. Sencillamente, era verdad.

—No hay otro como él.

—Gracias a Dios —dijo Tohrment, esbozando una media sonrisa.

Los miembros de su Hermandad, un cerrado círculo de guerreros fuertemente unidos que intercambiaban información y luchaban juntos, eran de la misma opinión. Wrath era un torrente de furia en asuntos de venganza, y cazaba a sus enemigos con una obsesión que rayaba en la demencia. Era el último de su estirpe, el único vampiro de sangre pura que quedaba sobre el planeta, y aunque su raza lo veneraba como a un rey, él despreciaba su condición.

Era casi trágico que él fuera la mejor opción de supervivencia que tenía la hija mestiza de Darius. La sangre de Wrath, tan fuerte, tan pura, aumentaría sus probabilidades de superar la transición si ésta le causaba algún daño. Pero Tohrment no se equivocaba. Era como entregarle una virgen a una bestia.

De repente, la multitud se desplazó, amontonándose unos contra otros, dejando paso a alguien. O a algo.

—Maldición. Ahí viene —farfulló Tohrment. Agarró su vaso y bebió de un trago hasta la última gota de su escocés—. No te ofendas, pero me largo. No quiero participar en esta conversación.

Darius observó cómo aquella marea humana se dividía para apartarse del camino de una imponente sombra oscura que sobresalía por encima de todos ellos. El instinto de huir era un buen reflejo de supervivencia.

Wrath medía un metro noventa y cinco de puro terror vestido de cuero. Su cabello, largo y negro, caía directamente desde un mechón en forma de uve sobre la frente.

Unas grandes gafas de sol ocultaban sus ojos, que nadie había visto jamás. Sus hombros tenían el doble del tamaño que los de la mayoría de los machos. Con un rostro tan aristocrático como brutal, parecía el rey que en realidad era por derecho propio y el guerrero en que el destino lo había convertido.

Y la oleada de peligro que le precedía era su mejor carta de presentación.

Cuando el gélido odio llegó hasta Darius, éste agarró su cerveza y bebió un largo sorbo.

Realmente esperaba estar haciendo lo correcto.

Beth Randall miró hacia arriba cuando su editor apoyó la cadera sobre el escritorio. Sus ojos estaban clavados en el escote de Beth.

—¿Trabajando hasta tarde otra vez? —murmuró.

—Hola, Dick.

¿No deberías estar ya en casa con tu mujer y tus dos hijos?, agregó mentalmente.

—¿Qué estás haciendo?

—Redactando un artículo para Tony.

—¿Sabes? Hay otras formas de impresionarme.

Sí, ya se lo imaginaba.

—¿Has leído mi e-mail, Dick? Fui a la comisaría de policía esta tarde y hablé con José y Ricky. Me han asegurado que un traficante de armas se ha trasladado a esta ciudad. Han encontrado dos *Mágnun* manipuladas en manos de unos traficantes de drogas.

Dick estiró el brazo para darle una palmadita en el hombro, acariciándolo antes de retirar la mano.

—Tú sigue trabajando en las pequeñeces. Deja que los chicos grandes se preocupen de los crímenes violentos. No quisiéramos que le sucediera algo a esa cara tan bonita.

Sonrió, entrecerrando los ojos mientras su mirada se detenía en los labios de la chica.

Esa rutina de mirarla fijamente duraba ya tres años, pensó ella, desde que había empezado a trabajar para él.

Una bolsa de papel. Lo que necesitaba era una bolsa de papel para ponérsela sobre la cabeza cada vez que hablaba con él. Tal vez con la fotografía de la señora Dick pegada a ella.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —preguntó.

Sólo si cayera una lluvia de agujas y clavos, pedazo de sátiro.

—No, gracias. —Beth se giró hacia la pantalla de su ordenador con la esperanza de que él entendiera la indirecta.

Al fin, se alejó, probablemente en dirección al bar del otro lado de la calle, en donde se reunían la mayoría de los reporteros antes de irse a su casa. Caldwell, Nueva York, no era precisamente un semillero de oportunidades para un periodista, pero a los «chicos grandes» de Dick les gustaba aparentar que llevaban una vida social muy agitada. Disfrutaban reuniéndose en el bar de Charlie a soñar con los días en que trabajaran en periódicos más grandes e importantes. La mayor parte de ellos eran como Dick: hombres de mediana edad, del montón, competentes, pero lo que hacían estaba lejos de ser extraordinario. Caldwell era lo suficientemente grande y estaba muy próxima a la ciudad de Nueva York para contar con suficientes crímenes violentos, redadas por drogas y prostitución que los mantuvieran ocupados. Pero el *Caldwell*

Courier Journal no era el *Times*, y ninguno de ellos ganaría jamás un Pulitzer.

Era algo deprimente.

Sí, bueno, mírate al espejo, pensó Beth. Ella era sólo una reportera de base. Ni siquiera había trabajado nunca en un periódico de tirada nacional. Así que, cuando tuviera cincuenta y tantos, o las cosas cambiaban mucho o tendría que trabajar para un periódico independiente redactando anuncios por palabras y vanagloriándose de sus días en el *Caldwell Courier Journal*.

Estiró la mano para alcanzar la bolsa de M&M que había estado guardando. Aquella maldita estaba vacía. De nuevo.

Tal vez debiera irse a casa y comprar algo de comida china para llevar.

Mientras se dirigía a la salida de la redacción, que era un espacio abierto dividido en cubículos por endeble tabiques grises, se encontró con el alijo de chokolatinas de su amigo Tony. Tony comía todo el tiempo. Para él no existía desayuno, comida y cena. Consumir era una proposición binaria. Si estaba despierto, tenía que llevarse algo a la boca, y para mantenerse provisionado, su mesa era un cofre del tesoro de perversiones con alto contenido en calorías.

Sacó el papel y saboreó con fruición la chokolatina mientras apagaba las luces y bajaba la escalera que conducía a la calle Trade. En el exterior, el calor de julio parecía comportarse como una barrera física entre ella y su apartamento. Doce manzanas completas de calor y humedad. Por fortuna, el restaurante chino estaba a medio camino de su casa y contaba con un excelente aire acondicionado.

Con algo de suerte, estarían muy ocupados esa noche, y ella tendría oportunidad de esperar un rato en aquel ambiente fresco.

Cuando terminó el chocolate, abrió la tapa de su teléfono, pulsó la marcación rápida e hizo un pedido de carne con brécol. A medida que avanzaba, los lúgubres y conocidos lugares iban apareciendo ante ella. A lo largo de ese tramo de la calle Trade, sólo había bares, clubs de strip-tease y negocios de tatuajes. Los dos únicos restaurantes eran el chino y uno mexicano. El resto de los edificios, que habían sido utilizados como oficinas en los años veinte cuando el centro de la ciudad era una zona próspera, estaban vacíos. Conocía cada grieta de la acera; sabía de memoria la duración de los semáforos. Y los sonidos entremezclados que se oían a través de las puertas y ventanas abiertas tampoco le resultaban sorprendentes.

En el bar de McGrider sonaba música de blues; de la puerta de cristal del Zero Sum salían gemidos de tecno; y las máquinas de karaoke estaban a todo volumen en Ruben's. La mayoría eran sitios dignos de confianza, pero había un par de ellos de los que prefería mantenerse alejada, sobre todo Screamer's, que tenía una clientela verdaderamente tenebrosa. Aquella era una puerta que nunca cruzaría a menos que tuviera una escolta policial.

Mientras calculaba la distancia hasta el restaurante chino, sintió una oleada de agotamiento. Dios, qué humedad. El aire estaba tan denso que le dio la impresión de que estaba respirando a través de agua.

Tuvo la sensación de que aquel cansancio no era debido únicamente al tiempo. Durante las últimas semanas no había dormido muy bien, y sospechaba que se hallaba al

borde de una depresión. Su empleo no la llevaba a ninguna parte, vivía en un lugar que le importaba un comino, tenía pocos amigos, no tenía amante y ninguna perspectiva romántica. Si pensaba en su futuro, se imaginaba diez años más tarde estancada en Caldwell con Dick y los chicos grandes, siempre inmersa en la misma rutina: levantarse, ir al trabajo, intentar hacer algo novedoso, fracasar y regresar a casa sola.

Tal vez necesitase un cambio. Irse de Caldwell y del *Caldwell Courier Journal*. Alejarse de aquella especie de familia electrónica conformada por su despertador, el teléfono de su escritorio y el televisor que mantenía alejados sus sueños mientras dormía.

No había nada que la retuviese en la ciudad salvo la costumbre. No había hablado con ninguno de sus padres adoptivos durante varios años, así que no la echarían de menos. Y los nuevos amigos que tenía estaban ocupados con sus propias familias.

Al escuchar un silbido lascivo detrás de ella, entornó los ojos. Ése era el problema de trabajar cerca de una zona como aquélla. A veces, se encontraba con algún que otro acosador.

Luego llegaron los requiebros, y a continuación, como era de esperar, dos sujetos cruzaron la calle para colocarse detrás de ella. Miró a su alrededor. Estaba alejándose de los bares en dirección al largo tramo de edificios vacíos que había antes de los restaurantes. La noche era nublada y oscura, pero por lo menos había farolas y, de vez en cuando, pasaba algún coche.

—Me gusta tu cabello negro —dijo el más grande mientras adaptaba su paso al de ella—. ¿Te importa si lo toco?

Beth sabía que no podía detenerse. Parecían chicos de alguna fraternidad universitaria en vacaciones de verano, pero no quería correr ningún riesgo. Además, el restaurante chino estaba a sólo cinco manzanas.

De todos modos, buscó en su bolso su spray de pimienta.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —preguntó de nuevo el mismo muchacho—. Mi coche no está lejos. En serio, ¿por qué no vienes con nosotros? Podemos montar todos.

Sonrió abiertamente e hizo un guiño a su amigo, como si con aquella charla melosa fuera a llevarla a la cama instantáneamente. El compinche se rió y la rodeó, su ralo cabello rubio saltaba a cada paso que daba.

—¡Sí, montémosla! —dijo el rubio.

Maldición, ¿dónde estaba el spray?

El grande estiró la mano, tocándole el cabello, y ella lo miró detenidamente. Con su polo y sus pantalones cortos de color caqui, era realmente bien parecido. Un verdadero producto americano.

Cuando él le sonrió, ella aceleró el paso, concentrándose en el tenue brillo de neón del cartel del restaurante chino. Rezó para que pasara algún transeúnte, pero el calor había ahuyentado a los peatones hacia los locales con aire acondicionado. No había nadie alrededor.

—¿Quieres decirme tu nombre? —preguntó el producto americano.

Su corazón empezó a latir con fuerza. Había olvidado el spray en el otro bolso.

—Voy a escoger un nombre para ti. Déjame pensar... ¿Qué te parece «gatita»?

El rubio soltó una risita.

Ella tragó saliva y sacó su móvil, por si necesitaba llamar al 911.

Conserva la calma. Mantén el control.

Imaginó lo bien que se sentiría cuando entrara en el restaurante chino y se viera rodeada por la ráfaga de aire acondicionado. Quizá debía esperar y llamar un taxi, sólo para estar segura de llegar a casa sin que la molestaran.

—Vamos, gatita —susurró el producto americano—. Sé que te va a gustar.

Sólo tres manzanas más...

En el instante en que bajó el bordillo de la acera para cruzar la calle Diez, él hombre la sujetó por la cintura. Sus pies quedaron colgando en el aire, y mientras la arrastraba hacia atrás, le cubrió la boca con la palma de la mano. Beth luchó como una posesa, pateando y lanzando puñetazos, y cuando acertó a propinarle un buen golpe en un ojo, logró zafarse. Intentó alejarse lo más rápidamente posible, taconeando con fuerza sobre el pavimento, mientras el aliento se agolpaba en su garganta. Un coche pasó por la calle Diez, y ella gritó en cuanto vio el destello de los faros.

Pero entonces el hombre la sujetó de nuevo.

—Vas a rogarme, perra —dijo a su oído, tapándole la boca con una mano. Le sacudió el cuello de un lado a otro, y la arrastró hacia una zona más oscura. Podía oler su sudor y la colonia de universitario que usaba, a medida que escuchaba las estridentes risotadas de su amigo.

Un callejón. La estaban llevando a un callejón.

Sintió arcadas, la bilis le cosquilleaba en la garganta. Sacudió el cuerpo furiosamente, tratando de liberarse. El pánico le daba fuerzas, pero él era más fuerte.

La empujó detrás de un contenedor de basura y presionó su cuerpo contra el de ella. Ésta le asestó otros cuantos codazos y puntapiés.

—¡Maldita sea, sujétale los brazos!

Consiguió darle al rubio una buena patada en el mentón antes de que le agarrara las muñecas y las levantara por encima de su cabeza.

—Vamos, perra, esto te va a gustar —gruñó el producto americano, tratando de introducir una rodilla entre las piernas de la chica.

Le colocó la espalda contra la pared de ladrillo del edificio, manteniéndola inmóvil por la garganta. Tuvo que usar la otra mano para desgarrarle la blusa, y tan pronto le dejó la boca libre, empezó a gritar. La abofeteó con fuerza, rompiéndole el labio. Sintió el sabor de la sangre en la lengua y un dolor punzante.

—Si haces eso de nuevo, te cortaré la lengua. —Los ojos del hombre hervían de odio y lujuria mientras levantaba el encaje blanco del sujetador para dejar expuestos sus senos—. Diablos, creo que lo haré de todos modos.

—Oye, ¿son de verdad? —preguntó el rubio, como si ella fuera a responderle.

Su compañero le cogió uno de los pezones y dio un tirón. Beth hizo una mueca de dolor, las lágrimas nublaron sus ojos. O quizás estaba perdiendo la vista porque estaba a punto de desmayarse.

El producto americano rió.

—Creo que son naturales. Pero podrás averiguarlo tú mismo cuando termine yo.

Al escuchar al rubio reír tontamente, algo en el interior de su cerebro entró en acción y se negó a dejar que

aquello sucediera. Se obligó a sí misma a dejar de forcejear y recurrir a su entrenamiento de defensa personal. Excepto por la agitada respiración, su cuerpo quedó inmóvil, y el producto americano tardó un minuto en notarlo.

—¿Quieres jugar por las buenas? —dijo, mirándola con suspicacia. —Ella asintió lentamente—. Bien. —Se inclinó, acercando la nariz a la suya. Beth luchó para no apartarse, asqueada por el fétido olor a cigarrillo rancio y cerveza—. Pero si gritas otra vez, te coso a puñaladas. ¿Entiendes? —Ella asintió de nuevo—. Suéltala.

El rubio le soltó las muñecas y se rió, moviéndose alrededor de ambos como si buscara el mejor ángulo para observar.

Su compañero le acarició ásperamente la piel, y ella tuvo que hacer un enorme esfuerzo para conservar la chocolatina de Tony en el estómago cuando sintió las náuseas subiendo por su garganta. Aunque le repugnaban aquellas manos oprimiendo sus senos, estiró la mano buscando su bragueta. Aún la sujetaba por el cuello, y ella tenía problemas para respirar, pero en el momento en que tocó sus genitales, él gimió, aflojando la presa.

Con un enérgico apretón, Beth le aferró los testículos, retorciéndolos tan fuerte como pudo, y le propinó un rodillazo en la nariz mientras él se derrumbaba. Un torrente de adrenalina atravesó su cuerpo, y durante una décima de segundo deseó que el amigo la atacara en lugar de quedarse mirándola estúpidamente.

—¡Bastardos! —les gritó.

Beth salió corriendo del callejón, sujetándose la blusa, sin detenerse hasta llegar a la puerta de su edificio de apartamentos. Sus manos temblaban con tanta fuerza que

le costó trabajo introducir la llave en la cerradura. Y sólo cuando se encontró ante el espejo del baño se percató de que rodaban lágrimas por sus mejillas.

Butch O'Neal levantó la vista cuando sonó la radio bajo el salpicadero de su coche patrulla sin distintivos. En un callejón no lejos de allí, un hombre se encontraba tirado en el suelo, pero vivo.

Butch miró su reloj. Eran poco más de las diez, lo que significaba que la diversión acababa de comenzar. Era un viernes por la noche de comienzos de julio, y los universitarios acababan de comenzar sus vacaciones y estaban ansiosos por competir en las Olimpiadas de la Estupidez. Imaginó que el sujeto había sido asaltado o que le habían dado una lección.

Esperaba que fuera lo segundo.

Butch tomó el auricular y dijo al operador que acudiría a la llamada, aunque era detective de homicidios, no patrullero. Estaba trabajando en dos casos en ese momento, un ahogado en el Río Hudson y una persona arrollada por un conductor que se había dado a la fuga, pero siempre había sitio para alguna cosa más. Cuanto más tiempo pasara fuera de su casa, mejor. Los platos sucios en el fregadero y las sábanas arrugadas sobre la cama no iban a echarlo de menos.

Encendió la sirena y pisó el acelerador mientras pensaba: *Veamos qué les ha pasado a los chicos del verano.*